SONRIENDO A LA VIDA

Se lo dedico a Anita, que me regaló el folio en blanco

Habrán pasado ya unos diez años desde aquel día en que me levanté con una sonrisa en la cara. Me miré en el espejo y admiré mi buen humor. ¡Qué ingenua era entonces! No sabía que esa sonrisa cambiaría mi vida para siempre.

Me sentía contenta. El aire me parecía puro y fresco, y la luz llena de color. Presentía que tenía un gran día por delante. Me sentía tan bien que empecé a recordar cosas graciosas. Y, según buscaba mis zapatillas de estar por casa, me vino a la cabeza aquel día en el que aparecí en el colegio con ellas puestas. Se dio cuenta Juanjo, y estuvo todo el día tomándome el pelo con eso. ¡Vaya tipo, Juanjo! Fue mi primer novio, era igual que Ernesto Alterio. Un día estando yo tranquilamente en casa le vi en la tele, se habían confundido con él y le pedían una entrevista. Y Juanjo, en vez de decir que se habían equivocado, con esa chulería suya dijo que tenía prisa, que otro día contestaría a lo que quisieran. Y esas imágenes aparecieron en algún que otro programa del corazón. Cómo me reí yo con ese tema. Y es que cada vez que me acuerdo, me río con las mismas ganas, como me estaba riendo mientras me duchaba aquel día en el que mi vida cambió.

Cogí el autobús para ir al trabajo, saludé al conductor -que me deseó muy cordialmente los buenos días-, me senté junto a la ventana y me puse a mirar el tráfico matutino habitual. Cuando pasamos por el túnel de la glorieta de Atocha, el cristal reflejó mi imagen y me di cuenta de que seguía con esa sonrisa de tonta pegada en la cara. No sé cómo sería esa primera expresión de mis ojos, cuando advertí por primera vez ¡qué no me podía deshacer de ella! Que no podía cambiar la expresión y hacer desaparecer esa mueca. No podía dejar de sonreír, y me estaba aterrando la idea de pasarme el resto de mi vida con esa sonrisa de gilipollas en los labios. Muerta de miedo y sonreía, y yo, sintiéndome algo grotesco, estaba en el autobús intentado mantener la calma y procurando que mi imagen pareciera normal. Recuerdo que escondí mi rostro bajo el jersey, hasta la nariz. Y caminé así hasta mi despacho, medio corriendo, como un animalillo que huye de algo.

A partir de ahí los acontecimientos fueron precipitándose en cascada. Recuerdo todo como un vértigo que se apoderaba de mí y no tenía donde sujetarme. Las primeras reacciones de mis compañeras de curro. La risa que les entró y, luego, sus caras de extrañeza; y después, de compasión mezclada con un poco de asco cuando me puse a llorar a lágrima viva con esa puta sonrisa que me había robado la boca. Llamé a mi madre entre sollozos e hipo, entre lágrimas, desesperación y mocos. Ella no entendía lo que le gemía, me gritaba qué pasaba y yo sólo podía pedirle que viniera a socorrerme. Sentía mi vida irse por la borda, cada uno de mis sueños estrellarse contra el suelo, sólo la oscuridad se apoderaba de mí.

Fui al médico. Pasé por todos los especialistas, neurólogos, psiquiatras, más importantes del planeta y no consiguieron encontrar ni explicación ni cura. Fui noticia en todas las cadenas de televisión, salió mi foto en todos los periódicos, y mi sonrisa congelada fue motivo de todo tipo de chistes en foros y sitios de Internet. Reconozco que la gente tenía bastante ingenio, si no hubiera sido yo la víctima me hubiera reído bien a gusto con algunos comentarios. "¡Eso sí que es una risa forzada!" O que yo debía parecer una foto andante. Me compararon con el Joker, el Acid, Risi, el muñeco diabólico, payasos asesinos... Me intentaron llevar a talk shows e incluso me intentó contratar la Tienda en Casa como modelo para la máquina esa que descarga electrodos para adelgazar. Afortunadamente, no cedí a nada, no concedí ninguna entrevista ni dejé que me filmaran. Lo único que tenían los medios era una foto de mí sonriendo y se acabó corriendo la voz de que todo era un bulo y al poco tiempo se olvidaron de mí.

Pero yo no me podía olvidar. Volví a casa de mis padres y me encerré en mi misma. No dejaba que me viera nadie, que nadie me ayudara. Yo misma decidí no volverme a mirar nunca a la cara. Es imposible explicar cómo me sentía. Tan extraña, tan miserable y tan sola. Me daba asco a mi misma, me daba asco la vida. Lo odiaba todo. Yo, la cosa más pequeña y atea del mundo, me convertí a todas las religiones suplicando que desapareciera esa pesadilla. Que se borrase esa expresión y pudiera tener el semblante serio hasta mi muerte, llevando escrito en mi cara la imagen de la injusticia y de la infelicidad que me devoraba. Que se quemaran todos, que se volviera todo el mundo ciego y yo también. Fuera todas las sonrisas, todas las caras de felicidad, todo lo que recordase la alegría. Todo se me antojaba falso, amenazante, sucio y mezquino. Y por encima de todo, mi propia cara.

Pasé meses encerrada en mi cuarto hasta que empecé a dejar que mis padres me acompañaran en mi desgracia. Pobrecitos, cuánto sufrieron por mí. No sabían cómo ayudarme, yo tampoco me dejaba. A veces se me olvidaba todo y podía tener mis momentos de paz y mis conversaciones distendidas, pero en seguida la imagen de mi rostro se me volvía a aparecer y todo volvía a convertirse en algo detestable.

Empecé a ver a una psicóloga y, aunque yo me repetía siempre que era imposible que pudiera decirme nada que me sirviera, que ella no tenía que vivir con una cara que no le pertenecía, empecé a salir más de mi cuarto y a hacer pequeñas tareas de persona normal. Acabé moviéndome libremente por la casa y algunas veces bajaba a hacer algún recado.

Un día comprando pan en los chinos, el chico que iba delante de mí pidió una pistola y el chino se puso súper nervioso creyendo que quería un arma de verdad. Nos entró la risa y salimos de la tienda bromeando sobre lo que había pasado. Coincidimos bastante rato camino a casa. Fue un paseo mágico, sin parar de reír, mirándonos a los ojos, deseando que nunca llegase el momento de separarnos.

Ese día volví a casa con una sonrisa diferente en la boca. Sé que mis padres me lo notaron pero no me quisieron decir nada. Yo creo que les daba miedo irrumpir en ella y estropear ese nuevo gesto que relucía en mi cara, que sintonizaba por fin con mis ojos, y con mi piel. Y me seguí sintiendo cómoda sonriendo toda la noche, tumbada en la cama, llena de mariposas en la tripa sin poder conciliar el sueño. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz, y que no disfrutaba de mi sonrisa.

Al principio me dio miedo espantarle con mi problema pero cuando estaba con él mi sonrisa era siempre sincera y no suponía nada anormal. Me di cuenta de que mientras estuviera satisfecha con la vida, conmigo misma, la sonrisa ya no me estorbaba. Me esforcé entonces por ser feliz. Con el tiempo aprendí que siempre podía encontrar razones por las que sonreír. Exploré los caminos del espíritu para encontrar la clave del bienestar y me hice profesora de risoterapia. Hace seis años publiqué mi primer libro contando mi caso, que titulé “Sonriendo a la vida”. Se convirtió en best seller en siete países. Estamos ahora por la cuarta edición y he publicado otros dos: “Las claves de la

felicidad” y “Sonríe, es gratis”. Ahora soy invitada habitual en tertulias de psicología, meditación y salud, y colaboro con hospitales dando sesiones a pacientes con cáncer para ayudarles a buscar motivación para salir adelante. Sigo con ese chico maravilloso que quiso comprarle una pistola a un chino, se llama Andrés y tenemos dos niños encantadores que tampoco dejan nunca de sonreír, aunque puedan. Reflexiono sobre mi vida y pienso que hay personas que no pueden ver, otras que no pueden moverse, otras que no pueden recordar nada. Yo no puedo dejar de sonreír, y me doy cuenta de la suerte que tengo.

Beatriz Elola